

natural pueda ser titular de más de una empresa privada, como tampoco la ampliación de la autonomía municipal con acceso al mercado externo, ni la estimulación a la práctica mundial de los incentivos fiscales.

Entre las prohibiciones que se eliminan figuran las de ampliar, sin restricciones, la cantidad de servicios o negocios a los trabajadores por cuenta propia o formas de gestión, la admisión de empresas privadas en la esfera agropecuaria y la autorización a importar y comercializar combustibles por quienes lo logren concretar. Aquí cabe una pregunta que refuerza lo del bloqueo interno: ¿había que esperar tanto tiempo para quitar la mediación de las importadoras que reconocemos como “mecanismo burócrático e ineficiente” y han llenado de trabas y desviaciones un proceso natural en muchos países?

Después de tantos decretos, leyes, disposiciones, estorbos...; después de que el marabú, el burocratismo y la terquedad se tragaron miles de hectáreas, llegamos al punto lógico de otorgar el derecho real de usufructo sobre la tierra por tiempo indeterminado y la cantidad de áreas o tierras a quien tenga posibilidades de hacerlo con el principio de la propiedad de todo el pueblo sobre ese recurso.

Y entremos en otro punto rojo. Aunque una de las medidas habla de reconocer el crecimiento legítimo del patrimonio financiero y material de las personas jurídicas y naturales, ¿estamos preparados mentalmente para ver el resurgir de terratenientes, aunque sea al estilo socialista? Con estas y otras medidas, como la de transparentar los “beneficiarios finales de toda entidad mercantil”, ¿evitaremos el llamado error ruso de los 90, cuando muchos oligarcas fueron exdirigentes de varios sectores? ¿Cómo detener la corrupción? ¿Asumiremos en todos sus puntos las hondas brechas entre ricos y pobres y la pirámide social cada vez más invertida?

Estas son algunas de las tantas preguntas a resolver por economistas, gobernantes y políticos. Mas, mientras se explican, muchos especulan cómo impactará en sus maltrechas vidas el paquete de medidas y cómo se podrá cumplir, en la práctica, el principio socialista de no dejar a nadie desamparado.

Empecemos por la libreta de abastecimiento, que en verdad solo la enterraremos, ya que murió hace meses, desde que comenzaron a desaparecer la mayoría de sus productos, hasta decaer a una libra de azúcar, un poquito de chicharos, el pan intermitente y la leche inconstante para niños y embarazadas.

Creo que es muy socialista la protección a los llamados vulnerables, que esperan para saber cómo recibirán los productos que



Las medidas intentan favorecer un despegue en el sector agrícola.

necesitan, cuáles serían, con qué frecuencia y cómo será eso de que actores económicos, incluidos privados, tengan a su cargo, no obligado, la alimentación y casi manutención de los más desvalidos de su entorno comunitario, sean instituciones sociales o personas.

Pero sucede que, por el concepto del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, por ejemplo, solo el 0.5 por ciento de los espirituanos es considerado vulnerable. Por el concepto de la cotidianidad, la inmensa mayoría, incluidos trabajadores estatales, que viven o sobreviven en esa condición y ahora tendrán que comer, lavar, bañarse, pasar del “tránsito de la canasta familiar normada a las ventas controladas sin subsidio en la red de comercio”.

La visión de que las mipymes, puntos de venta y vendutas de portales sostienen los calderos y los cuerpos cubanos es tan parcial como peligrosa, aunque hace meses, con el crónico desabastecimiento estatal, han sido la única opción. Detrás de ese velo existen personas que pasan necesidad de alimentos, no comen lo que deben según las recomendaciones médicas o viven a expensas del gesto solidario de los vecinos para dar de comer a sus hijos, sus ancianos, sus enfermos, porque no pueden acceder ni a una libra de arroz con el dinero que les entra. Y esa, no creo que sea

la aspiración del socialismo, como tampoco lo de normalizar la cocción con carbón en medio de un palacete de ciudad o un edificio, después de que la Revolución Energética nos mejoró las condiciones de vida para de pronto caer en las cavernas del humo y la leña.

Bienvenidas sean las aperturas al pluriempleo sin tantas gradaciones de permiso, la concertación de jornadas laborales reducidas para eliminar el cubaneo de las ocho horas irreales, la transformación del sistema tributario, la “privatización” de entidades comerciales y de todo tipo donde pululan el bostezo y los estantes vacíos y otras tantas medidas, sobre todo si son capaces de detener el éxodo masivo al exterior y hacia otros sectores económicos de médicos, maestros y otros profesionales, fuerza calificada o la emigración de jóvenes y mujeres, o si estimulan la natalidad hoy peligrosamente disminuida.

Esperemos que la nueva tónica de la recogida de desechos sólidos “deschurre” las ciudades y elimine los macrovertederos en plenas calles, aunque hay mucha expectativa sobre el pago del servicio por la población como una carga más para los ingresos personales.

Porque sobre medidas se estará hablando mucho tiempo hasta que las 176 se corporicen en leyes, normas, resoluciones... dejemos aquí los ejemplos.

Más allá de la “reforma jurídica” que presuponen estos cambios, algo inquieta a los cubanos: el tiempo que demore este proceso lógico y el rol del Estado para hacerlas cumplir, porque es real que el control no es nuestro fuerte, sin hablar de la incapacidad estatal para hacer cumplir lo que promulga; una ilustración que nos quema la cara es el caca-reado Decreto-Ley No. 111 sobre el comercio electrónico y el pago por transferencias.

Ya se ha dicho que los cambios no son rígidos y que se adoptarán las acciones correctivas necesarias. Habrá que afrontar los riegos y peligros, con la lupa socialista que aún define el proyecto en este empeño de no renunciar a la preservación de las principales conquistas de la Revolución, hoy resquebrajadas.

Cuba necesita, sobre todo, de un diálogo plurinacional entre quienes se fueron y se quedaron sin resquemores ni resentimientos y, sin obviar el pasado, habrá que tener, con el corazón en medio del pecho, valor para olvidar, perdonar, porque si abrimos las puertas económicas a todos sin excepción es porque los necesitamos y con urgencia.

Hay que rebasar el consignismo discursivo y cambiar mentalidades de quienes tienen que implementar cada medida, porque muchos de nuestros cuadros no están preparados con conocimientos económicos, ni tampoco tienen la capacidad para interpretar, dialogar, escuchar al otro, aunque tenga opinión discrepante, y suelen ver al “enemigo” hasta en la sopa o al emprendimiento como un mal capitalista.

Y habrá que tener mucha paciencia política. También entendimiento. No todo es resistencia al cambio. Hay muchas personas cansadas, descontentas, desmotivadas, agobiadas, trasnochadas, incrédulas. Tantos años de angustias, precariedades e inacción han avivado la apatía y eso para el socialismo cubano, por más humanista que se proyecte, es tan dañino como los propios cacerales o toques de calderos en varias partes del país, que exteriorizan el malestar social.

Quedan, eso sí, personas que crean, construyen, inventan, sueñan. Aprovechemos para multiplicarlos y apoyar este proyecto de una Cuba que “cambia para levantarse, para vivir mejor, para seguir siendo libre”, como asegurara el presidente cubano Miguel Díaz-Canel Bermúdez.

Para algunos este puede ser el túnel, pero se necesita de la luz para alimentar el optimismo, la confianza y hasta la resistencia, por más heroica que sea. Sin dejar de pensar en el mañana, hay que atender las urgencias cubanas, porque se nos va la vida, y hay cosas que necesitan soluciones para hoy, aunque se sabe que no hay reforma, por radical que sea, que logre transformar un país de un día para otro.



La recogida de desechos sólidos figura entre los principales problemas que afectan a la ciudadanía.



La inflación ha tenido un impacto directo en las condiciones de vida de los cubanos.